Herta Müller: En tierras bajas

JOSÉ LUPIÁÑEZ

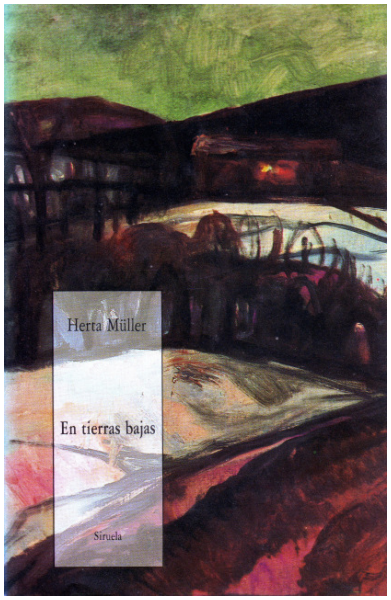
Con el título de *En tierras bajas* se publicó en España hace diecinueve años *Niederungen*, la primera obra de Herta Müller, autora germano-rumana a la que acaba de concedérsele el Premio Nobel de Literatura 2009. Fue la Editorial Siruela, que nos ha anticipado tantas otras maravillas literarias, la que lo hizo y el propio Jacobo Siruela quien se encargó del diseño gráfico de la edición. Escogió con acierto para la portada el cuadro de Eduard Munch *La casa roja en la nieve*, que traduce y preconiza con sus pinceladas sombrías y expresionistas la atmósfera fuertemente onírica y rural que luego el lector va a encontrar en las páginas de esta colección de quince relatos, entre los que destaca por su extensión e intensidad el que da título al conjunto.

Herta Müller, descendiente de emigrantes suabos, nació en agosto de 1953 en la localidad germanohablante de Nitznitzkydorf, en Rumanía. Estudió filología rumana y alemana en la Universidad de Timisoara y perteneció a un grupo de escritores de habla germana que luchó por la libertad de expresión y contra la férrea dictadura de Ceaucescu. Fue despedida de su primer empleo como traductora en una fábrica por negarse a colaborar con la *Securitate*, el servicio secreto del régimen, a consecuencia de lo cual fue objeto de acoso y sufrió la censura por su falta de cooperación con la policía, que pretendía convertirla en informante. Tras años de espera *Niederungen* se publicó mutilado en 1982 en Rumanía, y no fue muy bien recibido por la crítica oficial. Sin embargo sí tuvo un amplio eco en Alemania, cuando apareció allí en su edición definitiva dos años más tarde, llegando a conseguir el premio *Aspekte* a la mejor obra revelación del año en lengua alemana. Tras ser despedida de su trabajo Herta Müller se vio obligada a ganarse la vida como profesora de Alemán y como maestra de párvulos, hasta que logró marcharse a Alemania, junto con su marido, el también escritor Richard Wagner. Desde entonces reside y trabaja en Berlín.

Leí en su día esta obra y me produjo una honda impresión por su lirismo amargo y por el ambiente de opresión y de pesadilla de que se nutre. Leerla supuso descubrir los paisajes dramáticos y las costumbres violentas y desesperadas de un pueblo perdido que se nos revelaba a través de la mirada aparentemente ingenua de una niña.

La elección de esta voz narradora, trasunto sin duda, de los recuerdos, las visiones y las experiencias de la propia autora, imprime una mayor fuerza trágica a estas historias visionarias llenas de fatalismo y de angustia. A pesar de tratarse de una serie de relatos, todos ellos guardan relación con ese universo rural de la región del Banat que se nos describe, ya digo, desde la perspectiva minuciosa e inclemente de una voz que abruma al lector y lo asalta con la contundencia de un lenguaje, en el que se van borrando los límites entre la realidad y el sueño. La repetición, la enumeración y las metáforas concatenadas y desasosegantes imprimen un ritmo melancólico y lúgubre a las historias, que giran en su mayoría en torno a la órbita de lo familiar. El padre, la madre y los abuelos representan el mundo de los mayores, un mundo aciago de personajes irredentos, víctimas de un sistema despiadado en el que las rutinas, el trabajo, las adversidades del clima, los vicios y las supersticiones, se entremezclan con el folclore y las tradiciones sin que quede mucho espacio para la alegría o la esperanza.

Asistimos a los trabajos cotidianos y las labores campesinas en las que hombres y animales comparten un paisaje duro, una tierra hostil, donde vivir anonada, donde la vida sólo es soportable si se burla la pobreza con el alcohol o el ensimismamiento. De forma morosa se nos detalla esa existencia en la que la muerte está tan presente



ARRIBA: FOTOGRAFÍA DE LA ESCRITORA HERTA MÜLLER GALARDONADA CON EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA 2009. ABAJO: PORTADA DE SU PRIMERA OBRA *EN TIERRAS BAJAS*, TRADUCIDA AL CASTELLANO POR JUAN JOSÉ DEL SOLAR Y PUBLICADA POR EDICIONES SIRUELA EN 1990

LATE UN MISTERIO AQUÍ SOMBRÍO Y FUNESTO Y, SIN EMBARGO, INTENSAMENTE LÍRICO AUNQUE LOS HECHOS SE REFIERAN SIN PIEDAD, SIN CONCESIONES, CON UNA CRUDEZA QUE A LA VEZ QUE NOS ESPANTA NOS CAUTIVA

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA DE EDUARD MUNCH

desde la primera de las historias (*La oración fúnebre)* y salpica, como la enfermedad o la locura, tantos otros momentos de los relatos. Los muertos, los cadáveres en sus camas con tapas, como se dice de los ataúdes, también son a su manera protagonistas, como la indigencia, la tristeza, los viejos rencores, el dolor atávico de los desarraigados, que se acentúa con la referencia continua a lo escatológico, a los vómitos, el estiércol, las plagas, el orín o la sangre de tantas heridas por cerrar; los muertos y los vivos siempre muy próximos: "A Franz, un hermano de la abuela que no paraba de llorar, le pusieron un día un trozo demasiado grande de caca de corneja en la boca y nunca más volvió a despertarse. Se puso tieso y la cara se le llenó de manchas azules. Y como sólo quería seguir durmiendo, lo enterraron precipitadamente, sin funerales ni música, en un ataúd hecho en casa con las tablas bastas y rasposas de una gran caja de mermelada". A ese Franz "El yegüero se lo llevó al cementerio en su carretilla entre el polvo de las calles y el vacío del pueblo. Nadie se dio cuenta de que había muerto alguien. En casa tampoco lo notó nadie. Aún quedaban suficientes niños, un dormitorio lleno, una salita llena y un banco junto a la estufa igualmente lleno. En invierno se paseaban por el pueblo solos y se turnaban para ir a la escuela, pues en casa no había zapatos suficientes para tantos pies. En casa no se echaba de menos a nadie. Cuando no estaba uno, estaba el otro".

Late un misterio aquí sombrío y funesto y, sin embargo, intensamente lírico aunque los hechos se refieran sin piedad, sin concesiones, con una crudeza que a la vez que nos espanta nos cautiva. Y nos hechiza porque nos desarma con su emocionante verdad, que es la verdad de los desposeídos; una verdad maldita e intraducible. De ahí que a veces el yo de la voz narradora se diluya en un nosotros que abarca a los suyos, a los de su casta enferma por la soledad y el abandono: "Horadamos con la mirada esa cálida niebla, que pesa y nos oprime el cráneo. Desviamos la mirada de nuestra soledad, de nosotros mismos, y no soportamos a los otros ni a nosotros mismos, y los otros tampoco nos soportan".

Relatos que no esconden chispazos surrealistas o expresionistas nada sorprendentes en este microcosmos cerrado, asfixiante, confuso, por el que van desfilando personajes desencajados, maniáticos y extraños de tan reales; personajes a los que mueve el instinto, el sexo, la violencia desmedida, la impotencia frente al sistema o la amargura de la claudicación irreparable. Los niños imitan a los mayores y en su parodia se leen los defectos brutales que perciben como norma, por eso aprenden a mirar con ojos turbios un horizonte oscuro del que se han desterrado la grandeza o el esplendor. El pesimismo que se anuncia en los adjetivos de algunos títulos de las historias (*Peras podridas*, *Tango opresivo*, *El parque negro*) nos conduce directamente a la sordidez y al desencanto. Es un pesimismo que alterna también con el sarcasmo y que nos da noticia de un mundo sin lógica y sin sentido, como el que se nos refiere en *Día laborable*, el texto que cierra esta serie, uno de los pocos en los que asoma lo urbano, frente al protagonismo preferente de la naturaleza.

Queda mucho por conocer de Herta Müller, de la que ya se habían traducido varias de sus obras al castellano: *El hombre es un faisán en el mundo* (Siruela, 1992), *La piel de zorro* (Plaza & Janés, 1996) o *La bestia del corazón* (Mondadori, 1997) y sin duda la resonancia del Nobel contribuirá a difundir aún más una literatura que no ha de dejar impasibles a cuantos gustan del misterio, de la tragedia y de la fuerza poética y deslumbrante, que son algunas de las claves por las que se singulariza su estilo y nos convencen sus historias.

Escribir al límite

ANTONIO ENRIQUE

Antonio Rodríguez es un maestro de la distancia corta. Escriba poesía, articule una novela o redacte un comentario, su forma de escribir se transparenta en todos los géneros: es conciso, directo, rápido, como buscando siempre el cuerpo a cuerpo con el lector; pero lo que le define son las imágenes, imágenes que han de ser fulgurantes como latigazos, y por tanto visionarias; a ello se une cierto aire premeditado de desaliño, a la manera del *dirty realism*; esto último, tal vez, proviene de su oficio de periodista. Todos estos rasgos, que son no sólo estilísticos, sino más bien vivenciales, plasman un universo sonoro vibrante y entusiasta que configura la estructura profunda de todas sus obras. En efecto, es la tensión anímica lo que propulsa su lenguaje confiriéndole prisa, urgencia, pulso incesante, ritmo, en ocasiones, desbocado. Son cualidades que se avienen en especial con el relato corto. Que ha de ser incisivo y atacar por la espalda, esto es, coger desprevenido al lector en el momento definitivo del desenlace; pero aun sorprendiendo, si no es convincente tal momento de la verdad, el cuento será fallido. Y será convincente en tanto que la atmósfera propicie cualquier resolución final. O dicho de otra manera: el azar puede dar quiebros, pero ha de estar en orden a las posibilidades, a su cómputo o cálculo de probabilidad. El naipe que salga había de estar en la baraja, no en la manga del prestidigitador.

Lo que plantean estos relatos contenidos en *El inseminador de la margarita* (ed. El páramo, Córdoba, 2009) son metáforas del comportamiento humano, traslaciones de sus sueños, de sus miedos, obsesiones y sediciones, a la realidad. Lo que en poesía es un verso aquí se desarrolla en el tiempo y el espacio, pero el fondo, la resonancia, el impacto vienen a ser los mismos. El espacio son las ciudades agobiantes y neuróticas de nuestro tiempo, y el tiempo mismo, esa báscula entre un siglo y otro, que no ofrece asidero de certeza alguno. Así pues, la galería de personajes que se nos ofrece en el diorama del conjunto de relatos es el de las pobres gentes rehenes de sus pequeñas miserias, sus afanes insatisfechos, el del hombre de la multitud, presa de la neurosis colectiva. Dostoyevsky y Poe resuenan aquí, pero la dirección del discurso no es la misma. No hay dramatismo, no hay ideología expresa, sino sarcasmo, hipérbole, magnificación de las contradicciones cotidianas. Los sueños, sí, se hacen realidad, pero son sueños mezquinos, tanto que mueven a la ternura o, cuanto menos, a la complicidad del humor. Desde este punto de vista, estamos cerca de la tragedia de lo vulgar, incluso con ribetes del esperpento, pues lo grotesco es deliberado en la denuncia implícita del vacío de unas vidas que conducen al hastío. El acierto del autor, a mi entender, ha sido expresar, en la angustia común de los personajes que por estas páginas arrastran sus limitaciones, la capacidad de todos ellos para soñar un mundo paralelo, que al menos les salva en su imaginación. Normalmente, el andamiaje de estos cincuenta y cinco relatos contenidos en cinco partes temáticas, aunque intercambiables muchos de ellos, es la mencionada desmesura de las situaciones, llevadas al límite del desatino o el disparate; da la impresión de que el autor va a irse, deslizarse a lo incongruente, pero este maestro de la distancia corta tan sólo estaba jugando con el cálculo de probabilidades, tanteando en la realidad remota ese resorte emocional con que la vida misma a veces se complace en sorprendernos. El desenlace así en ocasiones es por explosión. Los fulcros y coadyuvantes dijérase combustionan espontáneamente, y hay que dejarlo, hay que dejar ahí la acción porque acabamos de penetrar en otro ámbito dimensional de la realidad. Y esto es el delirio.

EL ESCRITOR CORDOBÉS ANTONIO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, AUTOR DEL LIBRO DE RELATOS *EL INSEMINADOR DE LA MARGARITA,* EN EL QUE PLANTEA TRASLACIONES DE SUS SUEÑOS, DE SUS MIEDOS, OBSESIONES Y SEDICIONES, A LA REALIDAD.

Cuánto me han recordado a Maupassant determinadas actitudes. Nada es lo que parece. Las mujeres tormentosas que desfilan por estas páginas exhiben pudibundez cuanto más turbulentas luego se manifiestan, y los hombres que las pretenden no otra cosa manifiestan que la más insaciable avidez. O bien la más implacable indiferencia. Son hombres y mujeres que trabajan en oficinas tan tenebrosas como las decimonónicas aunque ahora con polución lumínica y fibras ópticas en sus ordenadores, que viven en casas con maridos o esposas consecuentes con el orden establecido, pero presionados, colisionados, bloqueados por la represión de sus instintos. Auténticos salvajes vestidos de cachemir y con vehículos de alta gama, pero anclados en su configuración de piedra. Se desprende de que el ser humano es verticalmente el mismo a lo largo de las edades, y que su libertad paradójicamente deja al descubierto su perfil más biológico: sus carencias, la impotencia radical para el equilibrio de sus emociones.

Con soltura y dominio de los matices, certero en la adjetivación, lacónico en los rasgos que definen, a brochazos muchas veces, y otras a buril, ajustándose a la palabra precisa como la carne al hueso, buscando atajos por medio de las imágenes visionarias, rompiendo los ritmos en pro de una cadencia más íntima, Antonio Rodríguez Jiménez (Córdoba, 1956), con capacidad insólita para las asimetrías conceptuales, para las situaciones en escaleno, demuestra que el relato corto es su territorio natural en prosa de ficción.

José Gutiérrez o la escritura desde el tiempo

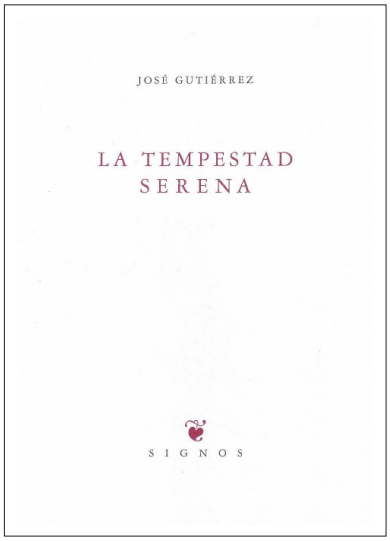
JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

De la trayectoria poética de José Gutiérrez se deduce, de manera primordial, el profundo respeto que el autor ha poseído siempre por el acto mismo de la escritura, por la posterior plasmación en letra impresa y, en definitiva, por el destinatario. Ello ha hecho que publique, al igual que sucediera con su admirada poeta (y amiga) Elena Martín Vivaldi o con Claudio Rodríguez (por citar otra voz de muy distinto timbre), tan sólo los títulos estrictamente necesarios, imprescindibles y verdaderos. Si contamos a partir de su primera obra, *Ofrenda en la memoria* (Granada, 1976), hasta hoy, nos encontramos con un total de seis poemarios, espaciados por significativos periodos de silencio. Desde la antología *Poemas 1976-1996* (Madrid, 1997) hasta *La tempestad serena* ha transcurrido cerca de una década, o casi veinte años contando desde *De la renuncia* (Madrid, 1989).

Lo primero que destaca del libro que ahora comento es la perfecta conjunción entre clasicismo y modernidad. La polisemia que se desprende del oxímoron del título (La tempestad serena), reforzada por las dos citas de Garcilaso, es ya toda una explícita declaración de principios: esa "tempestad", de claras resonancias áureas (que es "serena", que "serena" el alma y que también puede ser "serenada"), sería un perfecto trasunto de la poesía misma, perpetua "ofrenda en la memoria" de Gutiérrez, del amor (en su sentido más amplio), del goce estético o de la aceptación de la huella del tiempo. Pero también estas páginas son un precioso tributo a toda una línea estética que ha acompañado y enriquecido amigablemente la vida del poeta, del lector y del hombre; línea que queda marcada no tanto por las referencias textuales de los mismos versos (Rubén Darío, Luis Rosales, Pessoa o Fernando de Herrera, entre otros) cuanto por la exquisita selección de citas que engloban mayoritariamente voces del Siglo de Oro (Garcilaso, Soto de Rojas, Juan de la Cruz, Aldana, Francisco de la Torre, Quevedo, Villamediana y Góngora), un postromántico (Bécquer) y algunos contemporáneos indispensables (A. Machado, Juan Ramón, Lorca, Cernuda, Aleixandre, Elena Martín Vivaldi y el Borges poeta). Estas páginas son, en suma, un emocionado homenaje literario.

Y todo ello queda bien cimentado gracias a un sólido sentido de la arquitectura poética, del que sólo destaco el papel aglutinador que desempeñan las tres magníficas sextinas (*El cerco a la mirada*, *Las islas de la llama* y *Memoria de la lluvia*), situadas en el centro de cada una de las tres secciones del poemario. Por su especial rareza, estos rígidos poemas de treinta y nueve endecasílabos, de los que Fernando de Herrera (junto con Montemayor, Gil Polo, Cervantes o Lope) nos brindó memorables muestras, a las que habría que sumar las de alguno de nuestros contemporáneos (Joan Brossa o Antonio Carvajal), funcionan aquí como auténticos ejes estructurales. Leídas de forma consecutiva conforman el arco toral sobre el que, de alguna manera, se funda el resto de las composiciones.

EL POETA JOSÉ GUTIÉRREZ Y LA PORTADA (ABAJO) DE SU ÚLTIMO LIBRO



Nada hay imprevisto en *La tempestad serena*. Ni siquiera ese acento moral (que no moralista) tan arraigado en gran parte de la obra de José Gutiérrez, y que no sólo se aprecia en un tono elegíaco, especialmente denso, sino en el mismo ideal de belleza que nuestro autor persigue desde *Ofrenda en la memoria* (sintetizado a través de Keats: "la belleza es verdad, y la verdad belleza"); y, sobre todo, en la firme convicción de que toda escritura, o al menos su propia escritura, es realizada en el tiempo, desde el tiempo, en contra del tiempo y frente al tiempo.

Dividido en tres secciones, enmarcadas por un preludio (*El sueño del espejo*) y un postludios (*La nieve en el espejo*), la indiscutible vertiente metapoética del libro se espiga, de forma muy meditada, a partir de *Tiempo adversario*, donde se esconde una reconsideración de la obra anterior, deslumbrada y juvenil ("Armaduras, ofrendas, laberintos, / el cerco de la luz y su penumbra, / nacieron como símbolos distintos / de un ansia de belleza que deslumbra"), o a través de piezas como *Pescador*, la de manriqueño título, *Puesta la vida al tablero*, y *La nieve en el espejo* con la que se cierra el volumen. Si la segunda parte de *La tempestad serena* se centra en el concepto del amor, visto en un sentido amplio, como fuerza, empatía o flujo que vincula al yo poético con los seres y la belleza, las composiciones del tercer y último bloque quedan embargadas por la reminiscencia de la muerte. Entre ellas se asienta el símbolo recurrente de la noche, de una noche afilada que anida dentro de todas las noches: "Dejándote a solas con la noche / unos ojos se han ido. / ¿En esta habitación deshabitada / qué buscas por los libros, / donde el silencio teje su derrota? […]" (*Monólogo de la noche ausente*). A lo largo de todas estas páginas se establece, pues, un arco que va desde el orto recobrado de la niñez y la juventud, del principio, hasta el ocaso. Y mediante su gozosa andadura, es fácil que el lector tenga la sensación (a veces rara entre los libros que caen en nuestra manos) de que, si la literatura no sirve para mucho, al menos nos ayuda a vivir.

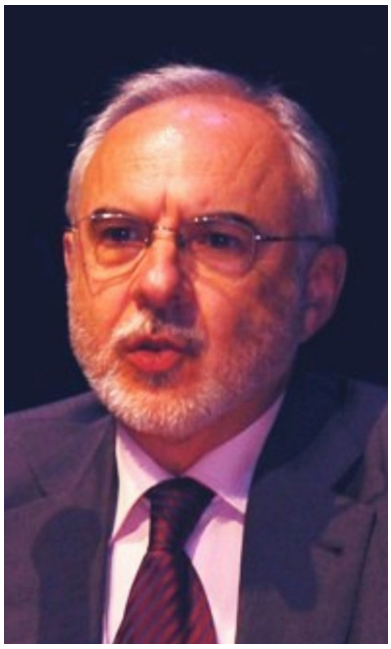
Fragmentos de inmensidad en la poesía de Antonio Gracia

JOSÉ ANTONIO SÁEZ

El poeta alicantino Antonio Gracia (Bigastro, 1946), consciente de haber recorrido una segunda etapa en su trayectoria literaria, marcada "por la reconstrucción de un yo eglógico" y la "persecución del paraíso" recoge ahora un conjunto de textos de los poemarios que la constituyen bajo el título de Fragmentos de inmensidad (Poesía 1998-2004), editado en 2009, volumen que, con una esclarecedora introducción de Luis Bagué Quílez, ha publicado el editor Juan Pastor en la colección "Devenir". Se trata de libros que han merecido relevantes galardones en la poesía española de estos años: "Fernando Rielo", "José Hierro Alegría", "Paul Beckett" o el Premio de la Crítica de la Comunidad Valenciana, a través de títulos tan significativos como *Hacia la luz* (1998), verdadero intento de recuperar la palabra poética, *Libro de los anhelos* (1999), *Reconstrucción de un diario* (2001), *La epopeya interior* (2002), *El himno en la elegía* (2002), *Por una elevada senda* (2004) o *Devastaciones, sueños* (2005); a los que habría de seguir *La urdimbre luminosa* (2007). Estos poemarios representan siete años de creación literaria en la obra de Antonio Gracia y constituyen una tentativa luminosa que queda definida en el título *El himno en la elegía* (2002), el cual se sitúa en el ámbito del "voluntarismo positivista", según consideración del propio poeta, que estima lo siguiente: "Todo autor debería ir jibarizando su obra conforme avanza, hasta dejar lo medular. Tal vez no acierte en algunas apreciaciones; pero la acumulación siempre contiene más errores". Antonio Gracia partió de esta consideración para incluir los textos que se integran en *Fragmentos de inmensidad*: la reformulación de lo ya escrito. Del mismo modo, tomó como premisa el título con el que nombró una de las partes de su libro *Devastaciones, sueños* (2005): "De la consolación por la poesía", frente al caos del mundo, la decepción, el escepticismo, el dolor y la muerte.

Concebido como un nuevo libro formado por poemas inéditos y editados, pero reescritos o renovados, *Fragmentos de inmensidad* es considerado por el propio autor como su segundo libro (Vid. "Antonio Gracia: Fragmentos de una poética", introducción de Luis Bagué Quílez, p. 13). Su estética sigue siendo, según confesión propia, la que señalaba en uno de los libros de su primera etapa, *Palimpsesto*: "El autoplagio como reformulación de lo ya escrito". En este punto cabe recordar la obsesión de Juan Ramón Jiménez por reescribir muchos de sus textos, incluso los ya editados; o la reescritura de *Soledades* por Antonio Machado en *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Recursos a que no es ajena la obra de algunos autores de nuestro tiempo, quienes llegan a publicar varias versiones de un mismo poema e incluso libro, como es el caso del excelente poeta onubense Manuel Moya.

Entiendo que los textos que aquí se recogen representan una suerte de conversión, de revelación, de vuelco o de quiebra en la poesía del alicantino. Algo, en efecto, se deja ver de aquel poeta juvenil; mas el cambio resulta bastante radical. Como nuevo Saulo caído del caballo, Antonio Gracia se nos revela como



EL POETA ALICANTINO ANTONIO GRACIA

poeta de la intimidad luminosa y espacios interiores que propician el reencuentro consigo mismo a través de un flujo de conciencia desvelador; todo lo cual podría acercarlo a otras poéticas actuales como las de Antonio Gamoneda, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente o incluso a Antonio Colinas: "Un paisaje varado delante de mis ojos,/ un aroma de almendros, el tacto de la página/ mientras leo unos versos con lentitud serena/ o escribo unas palabras sobre la mansedumbre,/ la música de Bach constante y renacido,/ y algún recuerdo amable de lo que pudo ser/ es cuanto yo quisiera poseer de este mundo" (*La Beatitud*, p. 83). Poeta y hombre recuperados, convocados al encuentro con la palabra, a la lucha contra los límites del lenguaje. En ese proceso de recuperación de la armonía perdida, el poeta alicantino ha contado por supuesto con su propio instinto de supervivencia, pero también con el auxilio de la misma literatura, el erotismo, el arte, la música, la naturaleza…; la belleza en suma, hasta sentirse parte del universo y buscar la armonía con él, semilla y germen que transmuta y metamorfosea como manera de alcanzar la eternidad y vencer a la muerte: sin duda la gran obsesión humana. La literatura, la escritura, la naturaleza, el arte o la música se constituyen así en refugios para espantar la certeza de la muerte y hacer soportable la espera que ha de desembocar en su desenlace.

Quien ha dejado dicho que escribir "es buscar la íntima identidad", divide vida propia y escritura en dos tramos: uno autodestructivo, que se recoge en *Fragmentos de identidad* (1993); y otro reconstructivo, con una primera fase de cauterización compuesta por los tres libros publicados entre los años 1998 y 2001; y otra de eglogismo psíquico, integrada por los poemarios editados entre los años 2002 y 2007, pues en la antología que nos ocupa se incluyen también textos de *Devastaciones, sueños* (2005) y de *La urdimbre luminosa* (2007).

El libro que, como ocurre con buena parte de la obra de Antonio Gracia, está dedicado a Oniria, en referencia al sueño o al mundo de los sueños, está estructurado en cuatro partes o secciones que se identifican con el "Homo semens", con textos de referencias erótico-amorosas, pues no en vano la pasión amorosa o el impulso erótico resultan antitéticos y negadores del thanatos; "Homo scriptor", "Locus horribilis" y "Locus amoenus", cuyo significado y trascendencia son puestos de relieve en el esclarecedor prólogo de Luis Bagué Quílez y que por lo general coinciden con un sentimiento salvífico del yo del poeta en relación con la literatura y el ejercicio de escribir; la recuperación de ese yo a través de la naturaleza y en armonía con ésta, así como la integración del mismo en el universo. Psicoanálisis y tradición literaria se dan la mano en los textos de este poeta alicantino que no duda en recurrir a ciertos tópicos de la poesía clásica para renovarlos o hacerlos suyos, dotándolos de una singularidad específica relevante. Y es que el poeta se reconoce en esa tradición, es hijo suyo y en su bagaje histórico hunde sus raíces, se siente deudor de ella y no renuncia a su legado. Así es que por sus poemas reconocemos la clara impronta de Fray Luis de León, de Lope, de Quevedo y de Garcilaso muy especialmente; espejos donde se mira para trasmutarlos, pero que nunca son utilizados de forma mimética. Tampoco faltan las referencias a poetas contemporáneos de otras latitudes, entre las que resultan claramente identificables las de Cavafis, Hölderlin y Leopardi; así como las de los españoles Luis Cernuda y Francisco Brines: "Cuando sientas que el mundo te derrota,/ no intentes combatirlo./Edifica un castillo en tu interior/ y cuelga terciopelos y templanza/ en sus muros. Dispón un fuego manso/ junto a la mesa de la biblioteca./ Mira al cielo brillar entre las llamas/ y los libros. Inúndate de luz/ en la frágil belleza de los cuadros./ Escucha el clavecín mientras tu pluma/ persigue en la escritura algún sosiego" (*El secreto*, p. 62).

En la breve nota que cierra el volumen, titulada "Del autor al lector" el poeta deja constar lo siguiente: "Siempre he escrito para saber quién es Antonio Gracia, por qué vive, por qué debe morir, cómo hacer que la palabra le otorgue la vida que no tiene.

Entiendo la poesía como la confidencia inexcusable de un corazón que busca luz y ha de nombrar -por conjurarlas- las tinieblas. Pues sabe el hombre que sucumbirá con él aquello que ama y quisiera salvar" (p. 103).

Así veo yo el universo poético de este poeta alicantino, reflejado en *Fragmentos de inmensidad*, obra que constituye una sustantiva muestra de su quehacer poético en la segunda etapa de su poesía, comprendida, como queda dicho, entre los años 1998 y 2004. Siete años que han aportado textos tan relevantes a su obra y a la poesía española de estas últimas décadas como los que aquí se dan cita. Una obra importante, sin duda, y merecedora de toda la atención por parte del público lector y de la crítica.

La magdalena de Proust

FCO. GIL CRAVIOTTO

¡Es tan corto el amor
y tan largo el olvido!
PABLO NERUDA

He bajado otra vez al pozo. El pozo de los recuerdos lejanos. Allí me he encontrado a mí mismo, con una veintena de años, paseando por los alrededores de una iglesia. Cincuenta o cien pasos calle arriba; cincuenta o cien pasos calle abajo. Sabía que, en cuanto terminara la misa, minuto antes o después, tenía que aparecer. También sabía que no iba a poder hablar una sola palabra con ella, pero quería verla; ver, aunque sólo fuese de soslayo y a unos metros de distancia, ese cuerpo que yo tanto había amado y había perdido para siempre. Consulta al reloj. Otros cincuenta o cien pasos hacia arriba, otros cincuenta o cien pasos para abajo. Así durante más de un siglo. Al fin, tras una especie de lejano rumor, empezó a salir gente. Eran sobre todo hombres. También parejas, señoras y caballeros endomingados que a veces se paraban en las inmediaciones del templo, saludándose unos y otros y formando pequeños corrillos. Después vino el torbellino: niños, viejos, parejas, chicas apetecibles, beatas… Yo sabía que en ese torbellino tenía que estar ella. Y así fue. Venía con su tía, uno de los enemigos más poderosos que yo jamás he tenido -me tildaba de agnóstico y volteriano, algo que yo acepto, pero no como vituperio-, ambas cubiertas con el velo -inequívoco símbolo de sumisión y acatamiento-, a buen paso y, por las apariencias, sin ánimo de hacer parada en ninguno de los corrillos que se habían ido formando. Decidí avanzar, sereno y pausado, en dirección contraria, de manera que, al cruzarnos, aunque fuese como un relámpago, tuviese un instante para mirar aquel rostro y acaso, con un poco de suerte, rozarme con ella. Y así fue. Ni un gesto ni una palabra, sólo una mirada a la que respondió con una especie respingo de cabeza y ella mirando en dirección opuesta. Pero, al tiempo que pasaba, noté que una mano se paraba en la mía y que algo muy tenue rozaba mis dedos. Creo que ha sido una de las sorpresas más grandes y felices de mi vida. Así con fuerza aquella insignificancia, continué sin inmutarme mi camino y, sólo cuando estuve a prudente distancia, subí y abrí la mano. Era un papelito, un insignificante papelito cortado con premura de las páginas de un periódico, y en él tan sólo había escritas estas seis palabras: "Viernes, a las 7, puerta iglesia." Era muy poco, pero suficiente. Aquellas seis palabras me hacían el hombre más feliz de la Tierra.

Sólo eran cinco días pero tardaron en pasar como si hubiesen sido cinco siglos. Cuando al final llegó aquel viernes de felicidad aún no eran las siete menos cuarto y ya estaba yo en la puerta de la iglesia. Llovía. Otra vez cincuenta o cien pasos para arriba, cincuenta o cien pasos para abajo, pero esta vez cubierto con un paraguas. A las siete de la tarde en diciembre es completamente de noche. Con la lluvia y los paraguas era muy difícil saber quien se cruzaba conmigo, sólo los andares denotaban si era una mujer joven o vieja. Sucesivas consultas al reloj. Cincuenta o cien pasos para arriba, cincuenta o cien pasos para abajo. Así una y mil veces. Al fin un paraguas se paró junto al mío y una voz me susurró muy quedo:
-Sígueme.

La seguí. Entró en la iglesia y yo, después de dudarlo un momento, -¿será posible que me haya citado para esto?- entré también. El templo estaba en penumbra y vacío. Sólo cuestión de cinco o seis viejas se arremolinaban junto al confesionario. Otras dos rezaban en uno de los altares de la derecha. Ella permanecía de rodillas en uno de los bancos de la entrada; yo seguía de pie junto a la cancela. Noté que, más que rezar, lo que hacía era observar el ambiente del templo; al cabo de unos minutos, vi que se levantaba, cogía el paraguas y se dirigía a una segunda puerta de la iglesia. Yo la seguí a una prudente distancia. Tomó acera adelante y, al llegar a cierto portal, cerró el paraguas y entró en la casa. Yo hice exactamente igual. Justo en el momento de cerrar el paraguas oí en la oscuridad una voz que me preguntaba.

-¿Has visto si nos seguía alguien?
-Nadie.
-¿Seguro?
-Completamente seguro.
Sólo entonces se atrevió a llegar hasta mí. Empezamos a abrazarnos y besarnos -te quiero, te quiero, te quiero- y, en tanto nos devorábamos, nuestras manos se convirtieron en ansiosos tentáculos que recorrían las más recónditas intimidades.
-Todo lo que tú quieras, menos lo que sabes que es imposible.
-¿Cómo has conseguido que te dejen salir sola?
-Porque voy a confesar.
-¿A confesar?
-Sí, a confesar.
-¿Cuánto tiempo tenemos?
-Un cuarto de hora o un poco más, pero ya hemos consumido los primeros cinco minutos.
-Nos quedan diez.
-No pienses en el tiempo y disfruta lo poco que tenemos.
-¿Por qué has elegido este portal?
-No lo he elegido: es el primero que he encontrado sin portera y abierto.
-Dime en el oído que me quieres.
-Te quiero.
-Dímelo otra vez.
-Te quiero, te quiero.

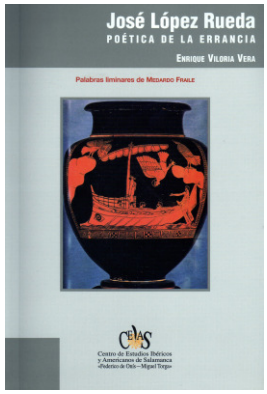
Seguían las manos su recorrido de placer. No había intimidad que se quedara sin caricia. A la alegría de disfrutar de la hermosura de aquel cuerpo, se unía mi victoria contra la intolerancia y el fanatismo de su familia.

-No traes bragas.
-Es así como a ti te gusta, ¿no?
-Sí, así es.
-Por eso me las he quitado.
-Estás húmeda. Tienes aquí un manantial.
-De tanto como te quiero. Me vuelves loca.
-¿Haces estas cosas con tu novio?
-Sabes perfectamente que no.
-¿Lo intenta?
-Claro que lo intenta.
-¿Y cuándo te cases?
-Eso está por ver.
-¿Cuándo viene el general?
-Teniente. Sabes perfectamente que sólo es teniente.
-Bien. ¿Cuándo viene el teniente?
-No lo sé. Cuando tenga permiso. Cuanto más tarde, mucho mejor, porque en cuanto venga, lo nuestro se acaba.
-¿Tanto lo quieres?
-No, a quien quiero es a ti y la única manera de evitar que te mate es que lo nuestro acabe.
-¿Y si nunca se entera?
-Para que no se entere lo mejor es que no exista.
-¿Quién te buscó ese novio? ¿Tu madre o tu tía?
-No, el padre Bienvenido.
-Mejor aún. Y tú tan obediente.
-No me dejan otra opción. Tú no sabes el infierno que estoy viviendo.

Los faros de un coche que en ese momento pasaban por la calle iluminaron dos lágrimas que le resbalaban mejillas abajo.

-Te voy a pedir un favor.
-¿Qué favor?
-Que cambies de tema. Disfruta este momento y no pienses en nada más. No me amargues los cinco o seis minutos que todavía nos quedan.
-Favor concedido.
-Te quiero.
Estábamos ya llegando al séptimo cielo del paraíso cuando, al tiempo que se encendía la luz, oímos que por las escaleras bajaba gente.
-Viene alguien.
-Es en los pisos últimos. Nos da tiempo a largarnos sin prisas.
Pero al cabo de unos instantes comprendimos que era una vecina que iba al piso de otra vecina. Incluso oímos el timbre de la puerta. Volvió a apagarse la luz y nosotros seguimos amándonos.
-Saca el pañuelo. En el suelo no debe caer una gota.
-Lo tengo en una mano.
-No, prefiero que me lo pases a mí. No quiero pensar si me mancharas. Si en mi casa notaran algo, yo creo que me mataban.
-Nunca sería tanto.
-Sí, estoy segura que me mataban. Pero no me importa después de haber estado en tus brazos.
-Te quiero.
-Piensa que este cuerpo siempre será tuyo, que te quiero con toda mi alma, que…
Leves quejidos sucedieron a las voces. Al fin reclinada en mi hombro, me preguntó:
-¿Has sido feliz?
-Mucho. ¿Y tú?
-Muchísimo.
-¿Repetimos?
-No puede ser.
-¿Por qué?
-Tengo que ir a confesar.
-¿No puedes dejarlo para otro día?
-No. Pueden venir a comprobar si es verdad que he salido a confesar.
Se bajó la falda, me abroché el pantalón y, protegidos con nuestros respectivos paraguas, salimos a la calle. Cuando llegamos a la iglesia, de las cuatro o cinco viejas que merodeaban en torno al confesionario, no quedaba más que una y, justo en ese preciso momento, se acercaba al confesionario. Ella se instaló en un banco próximo, se prendió con varias horquillas el velo y luego, con el rostro oculto entre ambas manos, empezó a hacer examen de conciencia o algo que se le parecía. Fue entonces cuando me di cuenta de que yo no tenía pañuelo. Llegué a ella en el preciso momento en que se levantaba para acercarse al confesionario.
-¡El pañuelo!
Me miró pasmada al tiempo que lo sacaba del bolsillo del abrigo y me lo ponía en la mano.
-No quiero pensar la que te habrían armado si lo llega a encontrar tu madre.
-Me matan.
-¡Oye! De lo nuestro a ése, ni una palabra.
-Descuida.
Salí de la iglesia pensando en que hasta el viernes siguiente, si todo iba bien, no volvería a visitar el paraíso. También con la zozobra de que un día volviese el general y nuestra felicidad se fuese al carajo. Justo en el momento en que yo salía, por la otra puerta de la cancela, me pareció ver una sombra o pájaro de mal agüero que entraba en la iglesia. Fuera había dejado de llover y una luna creciente y pálida se deslizaba entre dos masas de nubes. Había sido una chiquita del embarcadero de Hardricourt la que me había traído todos estos recuerdos. La había columbrado en la lejanía y, fue verla y tener que acelerar el paso, no fuese a desaparecer antes de que yo llegara. De lejos se parecía enormemente a ella. Pero no, en modo alguno era ella; una mujer como ella es, por esencia, irrepetible.
Ahora pienso que, si una simple magdalena derramada en una taza de café, le permitió a Proust encontrar un tiempo aparentemente perdido, nada de particular tiene que esta náyade del Sena, de pantalón corto y blusa ceñida, con su sola presencia, haya traído a mi mente este mar de recuerdos. ¡Dichosa ella que ha tenido la suerte de nacer, crecer y vivir en un mundo libre y civilizado, sin trabas ni fanatismos, y es dueña absoluta de su vida y su cuerpo!

FRAGMENTO DEL LIBRO INÉDITO *ORILLAS DEL SENA*



EL POETA JOSÉ LÓPEZ RUEDA, DEL QUE EL PROFESOR ENRIQUE VILORIA HA PUBLICADO LA ANTOLOGÍA *POÉTICA DE LA ERRANCIA,* PRECEDIDA DE UN EXTENSO PRÓLOGO QUE RECORRE LAS DISTINTAS ETAPAS DE SU VIDA EN LOS DIFERENTES ESCENARIOS EN LOS QUE HA TENIDO LUGAR: VENEZUELA, ECUADOR, CHINA, ESTADOS UNIDOS, ETC.

Fervor secreto

ANTONIO COSTA GÓMEZ

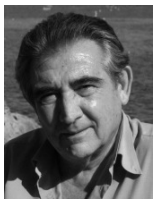
Un libro de Enrique Viloria le atribuye a José López Rueda una "poética de la enrancia", porque estuvo en Venezuela, Ecuador, China, Estados Unidos, y tantos sitios. Y también es una errancia en los procedimientos, porque puede escribir un soneto, una décima, unos alejandrinos, unos versos libres o poemas en prosa. Puede usar los códigos más clásicos o las ocurrencias más vanguardistas. Y también una errancia en los estados de ánimo, que van de la melancolía a la pasión, pasando por la ironía o el cinismo. Es un trotamundos de la poesía. Pero como los trotamundos tiene esa pasión de viajar y sacarle la fibra a todo. A todo le extrae el fervor. Se parece un poco a Quevedo en esa agitación continua, ese inflamar todo lo que toca. Y de hecho ha escrito un poema lleno de potencia a su esposa inspirado en el famoso del "polvo enamorado".

Tal vez el poema más significativo de *Fervor secreto* sea el primero, que se titula "Donde está Jota Ele". Se sitúa a sí mismo en versículos en los rincones más variados de su vida, que parece un viaje frenético. Y un verso dice "Está en el Vaticano ayudando al Maestro a expulsar del templo a los mercaderes". Que es como decir: lo está espiritualizando todo, apartando todo lo inerte. Buscando el nervio de todo. Para él eso es la poesía. El espíritu que sopla donde quiere y como quiere, con su entusiasmo imprevisible. Luego lo mismo habla de sus desavenencias conyugales que de los orígenes de la Tierra o de un anochecer en el Pacífico. O de una giganta que se asoma a su ventana para devorarlo. Y hay una invitación secreta a una caperucita o bruja: "Naufrágame en tus mares amarillos".

López Rueda ha vivido de enseñar el mundo clásico. Pero mete en los moldes clásicos la pasión y el desatino revelador. No es la primera vez que ocurre algo semejante: Hölderlin o Cernuda se apasionaban dentro de lo clásico. Y Albert Camus proponía una paradójica mesura desmesurada, en su defensa de la rebeldía. Rueda compagina las mesuras antiguas con las audacias de siempre (recordemos que ya hubo un Propercio o un Donne). *Fervor secreto* comienza con una cita de Platón : "La poesía de los delirantes eclipsa a la de los sensatos". Es como un latinista entusiasmado.

ROSAS DEL JARDÍN SEVILLANO DE PEDRO RODRÍGUEZ PACHECO Y GRISELDA CHOCLÁN

Propiciatoria de los días celestes



PEDRO RODRIGUEZ PACHECO

Los días celestes se me cobran, en réditos, túrdigas del alma y así vivo la neurosis de temerlos más que a los infaustos, los residuales de los de la felicidad… De ahí estas desidias, estos abandonos. Ni tan siquiera me otorga el destino las vanidades domésticas de mi jardín, el portentoso cedro, los rosales y los mirlos… Hastiado de la vida literaria, cansado del oficio atroz de sacar agua con canastas de mimbres, me había refugiado en el jubilar oficio de jardinero y mi mayor gloria se había reducido en primavera, en ver sonrosar arriates y rústicos parterres, "por mis manos plantados", con el portentoso adviento de las rosas… Tan espléndidas, que pedí a Griselda su habilidad fotográfica -¡tantas habilidades solícitas las tuyas, amor mío!- para dejarlas diluidas en papel como imagen de mi vanidad y gloria jardineras. De todo esto le hablaba en Córdoba, el día de la boda del poeta Antonio Rodríguez Jiménez, a Juan Campos Reina que me había preguntado lo que siempre los que me quieren me preguntan: ¿qué estás escribiendo ahora? Y yo, para justificar desidia y frustración, siempre respondiendo con igual cantinela, que no, que no merece la pena la angustia de acechar el amanecer de un verso, la celebración orgiástica de un poema, el terror gozoso de ver crecer un poemario si las cosas tan desfiguradas, fétidas, amañadas, en fin, la corruptibilidad, la miserabilidad de un sistema que ha puesto cerrojos y trancas a las puertas del campo para que los de intramuros vivan las celebridades gregarias del rebaño en la mansa pitanza de los bienaventurados. Y así, inolvidable Juan Campos Reina, querido Carmelo Guillén Acosta, fastuoso Enrique Badosa, admirado Miguel Florián, contumaces Juana Castro, Gómez Macías, Jurado López, Rodríguez Jiménez, o los plenipotenciarios de mi corazón José Lupiáñez, Fernando de Villena, Antonio Enrique, queridos todos los que os preocupáis por mi silencio… Qué escribir, qué angustiarse por ese amanecer del verso, por la orgía de un poema, por el cundir de un poemario, mejor, Juan, mis rosas, las increíbles rosas que me nacen orladas del silbo encelado de los mirlos… Y Juan, insistente, de acuerdo, pero en vez de las fotografías misericordiosas de Griselda, aprisiónalas en tu palabra y hazte responsable de su hermosura en versos que les hagan honor a esas plenitudes de las que hablas con tanto entusiasmo…

Lo intenté, estaba en secreta vena sonetaria y fueron saliendo algunos, pocos, siete, que en Alange, mientras Griselda cumplía con los rituales termales, bajo la sombra de un azofaifo, fui pasando en limpio para, un día, en edición caligráfica, entregarlos dedicados al querido Juan. No pudo ser si los días celestes se me habían de transformar en esos acreedores feroces en sus exigencias, urgiéndome las túrdigas del alma. De Alange nos fuimos a Málaga en donde Juan y su mujer, María Fernanda, nos acogieron con un cariño y extremo de príncipes, los mismos que nos mostraron en Almuñécar y Motril Lupiáñez, Fernando de Villena y Antonio Enrique. De vuelta a casa, empecé a pagar réditos de los propiciatorios días celestes: el calor, había agostado la rosaleda y, septiembre, volvió a sitiar mi ánimo con sus calamidades: la muerte de Diego Jesús Jiménez, el silencio arrasado del jardín, el tedio otra vez, los abandonos miserables de promesas y actos: las de enviar los sonetos a Juan, los de una más asidua colaboración -ay, José- en estos *Pliegos de Alborán*. Cuando creía resarcirme de tanto estropicio doméstico, como una estocada, la muerte de Juan, presagiada por el ocaso de mis rosales ¿Cómo no supe leer el clarísimo mensaje de las rosas? Se me han pasado los meses de septiembre y octubre dejándome oxidar por los cáusticos del desaliento, por los ácidos de la desolación: ni Juan recibió los sonetos ni el querido José Lupiáñez la pretendida colaboración para los *Pliegos*… Nada he hecho, nada he cumplido y en mis rosales agostados me miro como en un espejo.